

## Séptimo domingo del Tiempo Ordinario C2022

Supongamos que un hombre que ha matado a otra persona es llevado ante la justicia. Cuando llega a la corte, de repente se encuentra en presencia de su madre y el juez. ¿Cómo reaccionarán el juez y la madre frente a este criminal? Asumo que el juez en su deber tratará de aplicar la ley con la mayor imparcialidad posible, para que se haga justicia. Supongo, también, que la madre, movida por el amor a su hijo, y poniéndose por encima de toda ley, reaccionará con compasión y esperanza de que se encuentren circunstancias atenuantes en el caso de su hijo.

Estas dos actitudes simbolizan dos lógicas diferentes: la lógica humana y la lógica de Dios. Para la lógica humana, no hay nada más que hacer en presencia del mal que destruirlo. Para esta lógica, los malvados deben ser castigados, la maldad erradicada y la justicia establecida. El proceso que conduce a la erradicación del mal puede ir desde la simple justicia, hasta la legítima defensa e incluso la venganza.

La lógica de Dios, por el contrario, se basa en la compasión, el amor y el perdón. No quiere decir que Dios no vea la maldad; pero siempre da al malhechor y al impío una segunda oportunidad para que cambien y lleguen a la conversión. Si pierden esta oportunidad, solo pueden desquitarse con ellos mismos.

Como ven, las lecturas de hoy nos confrontan con estas dos lógicas y nos desafían a tomar decisiones sabias en nuestras vidas cuando enfrentamos conflictos y adversidades. En la primera lectura, David, inspirado por convicciones religiosas, opta por perdonar y perdonar la vida a Saúl, que amenazaba para matarlo. La razón principal que empujó a David a hacerlo es que consideraba a Saúl como el ungido del Señor. Vio en él más que un mero ser humano, aunque fuera culpable de celos y envidia.

En otras palabras, en cada persona, Dios está presente; está presente incluso en un criminal que toda la sociedad rechaza por su maldad. Un hombre, aun culpable, sigue siendo un ungido del Señor, es decir, hijo e hija de Dios, digno de ser amado y protegido en sus derechos. Dios lo ha creado a él o ella a su propia semejanza. Por eso, hay más bien en él que el mal que puede hacer.

Todo esto nos ayuda a comprender las exigencias de Jesús hacia sus discípulos y a nosotros en el Evangelio de hoy. Para Jesús, hay cuatro imperativos que deben guiar la conducta de sus discípulos cuando se enfrentan al mal: el amor, la bondad, la oración y la bendición.

De hecho, Jesús no nos pide que nos enamoremos de nuestros enemigos, lo cual sería poco realista. Más bien nos desafía a estar decididos sobre el bienestar de nuestros enemigos, a ser tercamente misericordiosos y a negarnos a devolver la violencia con violencia. El odio sólo puede ser vencido por el amor; la herida sólo puede curarse con el perdón; el mal sólo puede ser controlado por el bien. Esto es totalmente lo contrario de nuestras formas sociales y culturales de considerar las cosas. Y sin embargo, esta es la lógica de Jesús, la lógica del reino de su Padre y nuestro Padre. Si queremos poseer este reino, este es el camino que Jesús nos pone delante.

¿Por qué Jesús pide a sus discípulos que amen a sus enemigos, que perdonen el mal que les hacen sin buscar venganza y que sean generosos con todos? En primer lugar, el discípulo debe ponerse en el lugar del otro y evaluar cómo reaccionaría si fuera él quien hirió a las personas o actuó mal con alguien. ¿No esperaría él ser perdonado? ¿O en necesidad

no esperaría ser ayudado? Así, Jesús puede decir: “Hacen con los demás lo que queráis que hagan con ustedes”.

La segunda razón es la importancia de la identidad cristiana. Ser cristiano debería hacer una diferencia en nuestras vidas y alrededor de nosotros. Los discípulos de Jesús no pueden comportarse como nadie en con respecto a los acontecimientos que les suceden. Jesús lo dice muy claro: si amas sólo a los que te aman, ¿qué mérito tienes? – Si sólo hacéis el bien a los que os hacen el bien, ¿qué mérito tenéis vosotros? – Si prestas dinero solo a aquellos de quienes esperas el pago, ¿qué mérito tienes? ¿No hacen lo mismo los pecadores?

La tercera razón es el ejemplo de nuestro Padre celestial que es bondadoso, generoso y misericordioso con cada uno de sus hijos. Si Dios pudiera juzgarnos, ¿quién sobreviviría? (Salmo 130) La forma en que Dios nos trata debe inspirarnos en nuestro comportamiento mutuo. En otras palabras, Jesús nos está invitando a no poner condiciones a nuestro amor o a nuestra generosidad, o a nuestro perdón hacia los demás. Debemos amar y perdonar como nuestro Padre, sin condición; Dios actúa como la madre que cree que su hijo puede cambiar a pesar del crimen que ha cometido.

La cuarta razón es el principio de reciprocidad: la medida que usamos al juzgar a las personas, o al dar, o al perdonar, es lo que nos regresa a nosotros. Si somos generosos con la gente, es posible que ellas hagan lo mismo con nosotros. Si somos malos e implacables, es posible que la gente haga lo mismo con nosotros. Aquí, Jesús nos está advirtiendo.

Permítanme terminar con esta pregunta: ¿Es imposible lo que Jesús nos pide? Recordemos que el Evangelio no es dado para héroes o superhombres. Es para los que tienen corazón filial y confianza en Dios. Solo imitando a Dios podemos vivir según la lógica de Jesús. Los seres humanos, como nosotros, hemos intentado en nuestro siglo vivir de acuerdo con estos principios y lo hemos logrado. Piense en Gandhi, M. Luther King y N. Mandela.

Jesús nos pide amar, es decir, no mirar los derechos de uno, sino las necesidades de los demás. Nos invita a abstenernos de cualquier tipo de violencia, incluso verbal, a buscar el perdón. Quiere que aceptemos a los demás aunque hayan hecho mal. Esto puede ser verdaderamente difícil, pero no está más allá de nosotros. Por eso debemos orar. Sólo la oración puede disolver la agresividad, desarmar los corazones, comunicar los sentimientos de nuestro Padre que está en los cielos y dar la fuerza que brota del amor de Dios. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Samuel 26:2, 7-9, 12-13, 22-23; 1 Corintos 15: 45-49; Lucas 6: 27-38**



Fecha de la Homilía: el 20 de Febrero, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20220220homilia